

C. H. SPURGEON



LA PRIORIDAD
DE LA

oración

COMPILADO POR
JASON K. ALLEN

LA PRIORIDAD
DE LA

oración

Otros libros de Charles Spurgeon
publicados por Portavoz:

Apuntes de sermones

Cómo descansar en las promesas de Dios

(compilado por Jason K. Allen)

Cómo perseverar a través de las pruebas

(compilado por Jason K. Allen)

El poder de las Escrituras

(compilado por Jason K. Allen)

La prioridad de la oración

(compilado por Jason K. Allen)

Promesas y palabras de aliento para cada día

Solamente por gracia

C. H. SPURGEON



LA PRIORIDAD
DE LA

oración

COMPILADO POR
JASON K. ALLEN



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

This book was first published in the United States by Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 with the title *Spurgeon on the Priority of Prayer*, copyright ©2021 by Jason K. Allen. Translated by permission. All rights reserved.

Este libro fue publicado originalmente en los Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Spurgeon on the Priority of Prayer*, copyright ©2021 por Jason K. Allen. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *La prioridad de la oración* © 2023 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Diseño interior: Kent Jensen

Cover illustration of Charles Spurgeon copyright © 2015 by denisk0/iStock (484302822). All rights reserved.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5008-2 (rústica)

ISBN 978-0-8254-7030-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 32 31 30 29 28 27 26 25 24 23

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Bendito es el hombre que tiene amigos que son como hermanos, pero aún más bendito es el hombre que tiene hermanos que también son buenos amigos. Yo soy un hombre así, bendecido con dos hermanos mayores que son también mis amigos más cercanos. Dedico con agradecimiento este libro a uno de esos hermanos, Greg Allen.

Contenido

Introducción	9
1. Las condiciones del poder de la oración	13
2. Orar y aguardar	35
3. La última oración de David	55
4. La llave de oro de la oración	69
5. La oración, prueba de santidad	85
6. No nos metas en tentación	101
7. Orar sin cesar	125
8. La acción de gracias y la oración	147
Agradecimientos	169

Introducción

POR JASON K. ALLEN

CASI 200 AÑOS después de su nacimiento, Charles Spurgeon sigue siendo todo un icono en el panorama evangélico. Su renombre tiene un alcance mundial y perdura en el tiempo. Los cristianos de todo el mundo hablan aún de Spurgeon. La mayoría de los que conocen la historia de la Iglesia conocen, como mínimo, los hechos más destacados de su vida y ministerio. Spurgeon nació en 1834, y vivió y ministró en Londres, Inglaterra, hasta su muerte en 1892. A los 19 años ya era pastor de una de las iglesias más grandes de Londres, e iba de camino a adquirir una reputación y una influencia mundiales.

Conocido como “el príncipe de los predicadores”, Spurgeon, junto a su héroe George Whitefield, son considerados los dos mejores predicadores en lengua inglesa. El teólogo Carl F. H. Henry tenía razón cuando describió a Spurgeon como “uno de los inmortales del cristianismo evangélico”.

Pero ¿qué hizo de Spurgeon un predicador tan impactante? ¿Qué convirtió el Metropolitan Tabernacle en una iglesia tan dinámica? Con relación a ambos casos, Spurgeon señaló la oración como el factor capacitador de su ministerio y de su iglesia. Cada lunes por la noche, los congregantes se reunían en el auditorio para celebrar una

reunión de oración que, según Spurgeon, era el secreto del poder de la iglesia. De igual manera, los domingos, mientras Spurgeon predicaba, el sótano del Metropolitan Tabernacle estaba a rebosar de miembros de la iglesia orando por el culto de adoración, la predicación de la Palabra de Dios, la conversión de pecadores y el propio Spurgeon. En ocasiones, Spurgeon llevaba al sótano a las personas que visitaban la iglesia y les decía: “Aquí está el motor de la iglesia”.

Spurgeon no solo se sentía reconfortado por las oraciones de otros; él mismo se dedicaba a la oración. Después de su primer viaje a Londres, preguntaron al afamado evangelista estadounidense D. L. Moody si había tenido el privilegio de oír predicar a Spurgeon. Moody respondió: “Sí, pero aún mejor, le he oído orar”. Aunque era conocido como “el príncipe de los predicadores”, la oración fue lo que catalizó su fervor espiritual y su impacto ministerial. Y la oración producirá el mismo efecto en todos nosotros.

Tanto en los tiempos de Spurgeon como en los nuestros, nos enfrentamos cada mañana a la tentación de elevar una oración rápida (o no hacer ninguna) para comenzar con nuestras responsabilidades diarias. Pero sobre este tema podemos aprender mucho de Spurgeon, y he compilado este libro con ese mismo propósito.

En este libro, he recopilado algunos de los mejores y más útiles sermones de Charles Spurgeon sobre la oración, y los he presentado de una forma que permite su máxima utilidad e impacto. Sin importar el peso de nuestras cargas, la profundidad de nuestra tristeza, las ambiciones de nuestras vidas, la intensidad de nuestro temor o la longitud de nuestra lista de tareas pendientes: primero debemos orar y descansar en Dios.

Espero que este libro no solo te familiarice con Spurgeon y con sus sermones sobre la oración, sino que te enseñe a orar de forma más bíblica, más fiel y, en definitiva, más eficaz.

1

Las condiciones del poder de la oración



RESUMEN:

Se enumeran los elementos esenciales del poder de la oración: volverse como niños en obediencia, reverencia, confianza y amor. Si prevalecen estos elementos básicos, nuestras oraciones no serán improductivas. Cuando nos acercamos a Dios observamos nuestras vidas y descansamos en su Espíritu para que dirija nuestras oraciones.

CITAS DESTACADAS:

“Sin importar tu condición anterior en esta vida, si ahora buscas con arrepentimiento el rostro del Señor, a través del Mediador designado, lo encontrarás”.

“Creemos que las oraciones de los cristianos forman parte de la maquinaria de la providencia, engranajes en la gran rueda del destino, y cuando Dios induce a sus hijos a orar, ya ha puesto en movimiento una rueda que producirá el resultado por el que se ora, y las oraciones ofrecidas se mueven como parte de la rueda”.

Sermón predicado por Charles H. Spurgeon el 22 de marzo de 1873.
Metropolitan Tabernacle Pulpit, vol. 19.

Las condiciones del poder de la oración

Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

1 JUAN 3:22-24

ESTA MAÑANA ME PROPONGO dirigirme a ustedes para hablarles de la importancia de la oración, y aspiro a estimularles a que oren por mí y por la obra del Señor en este lugar. Lo cierto es que no creo que pudiera encontrar un tema más importante o que tenga un peso mayor en mi alma. Si tuviera que hacerles una petición, sería esta: “oren por nosotros”. ¿De qué serviría nuestro ministerio sin contar con la bendición divina, y cómo podemos esperarla a menos que la iglesia la busque? Lo diría incluso con lágrimas: “oren

por nosotros”. Sean abundantes en la intercesión, porque solo así podrá aumentar o continuar nuestra prosperidad como iglesia.

Entonces me vino a la mente esta pregunta: ¿Y si hubiera algo en la iglesia que impidiera que nuestras oraciones tuvieran éxito? Esta es una pregunta que deberíamos plantearnos con toda sinceridad antes de que les exhorte a la oración. Tal como enseña Isaías 1, las oraciones de un pueblo impío pronto se convierten en abominaciones para Dios. “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré”.

Las iglesias pueden caer hasta un punto en que sus devociones se conviertan en iniquidad. Incluso la reunión solemne cansará al Señor. Es posible que en nuestros corazones haya maldades que

Si tenemos
iniquidad en
nuestros corazones,
el Señor no nos
prestará oído.

hagan imposible que Dios tenga en cuenta nuestra intercesión. Si tenemos iniquidad en nuestros corazones, el Señor no nos prestará oído.

Según nuestro pasaje, hay algunas cosas esenciales para la prevalencia en la oración. Dios escuchará toda oración sincera, pero hay determinadas cosas que debe tener el pueblo de Dios, porque si no es así sus oraciones serán infructuosas. El pasaje nos dice: “Y cualquiera cosa que pidieremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él”. Nuestro tema consiste en los elementos esenciales del poder en la oración: qué debemos hacer, ser y tener si queremos prevalecer habitualmente con Dios en la oración. Vamos a aprender cómo convertirnos en personas como Elías o Jacob.

ELEMENTOS ESENCIALES DEL PODER DE LA ORACIÓN

De buen comienzo debemos hacer algunas distinciones. Existe una gran diferencia entre la oración de un alma que busca misericordia y la oración de una persona salva. Si buscas sinceramente la misericordia de Dios por medio de Jesucristo, la hallarás. Sin importar tu condición anterior en esta vida, si ahora buscas con arrepentimiento el rostro del Señor, a través del Mediador designado, lo encontrarás. Si el Espíritu Santo te ha enseñado a orar, apresúrate a ir a la cruz y a dejar que tu alma culpable descanse en Jesús.

A los salvos debemos hablarles de otra manera. Ahora se han convertido en el pueblo de Dios. Si bien ahora serán escuchados y obtendrán cada día la gracia que recibe todo buscador como respuesta a la oración, son ya hijos de Dios y, por lo tanto, se hallan sometidos a una disciplina especial. Dentro de esta disciplina, las respuestas a la oración ocupan un lugar importante. Hay algo que el creyente debe disfrutar por encima de la salvación en sí misma: misericordias, bendiciones, consuelos y favores que hacen que su vida presente sea útil, feliz y honorable, aunque no sin tener en cuenta el carácter de cada persona. No son factores de la salvación, sino que esos honores se conceden o no, dependiendo de nuestra obediencia. Si olvidan la obediencia, el Padre celestial no les otorgará esos honores. Las bendiciones esenciales del pacto de la gracia son incondicionales; la invitación a buscar misericordia se extiende a todo el mundo. Pero otras bendiciones selectas se dan o se niegan dependiendo de nuestra atención a las reglas del Señor dentro de su familia.

Pongamos un ejemplo común: si una persona hambrienta llamara a la puerta pidiendo pan, se lo darías, fuera cual fuera su

carácter. También darás de comer a tu hijo independientemente de cómo se comporte. A tu hijo no le negarás nada que sea necesario para la vida, pero existen muchas otras cosas que tu hijo puede desear y que le darás si es obediente, pero no si actúa con rebeldía. Esto ilustra hasta qué punto llevará el gobierno paternal de Dios este asunto y adónde no llegará.

El pasaje no se refiere tanto al hecho de que Dios escuche la oración de sus siervos de vez en cuando, porque la escuchará incluso cuando sus siervos se han apartado del rumbo que les marca y cuando esconde su rostro de ellos. El poder de la oración que buscamos aquí es constante y absoluto, de modo que “cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él”.

Obedientes como niños

Para esta oración existen determinados requisitos previos y factores esenciales, el primero de los cuales es la obediencia propia de un niño. Si carecemos de esta, el Señor puede decirnos: “Mas vosotros me habéis dejado, y habéis servido a dioses ajenos; por tanto, yo no os libraré más. Andad y clamad a los dioses que os habéis elegido; que os libren ellos en el tiempo de vuestra aflicción” (Jue. 10:13-14).

Cualquier padre les dirá que conceder la petición de un hijo desobediente fomenta la rebelión en la familia y le hace imposible gobernar en su propio hogar. A menudo, el padre debe decir: “Hijo mío, no has escuchado lo que acabo de decirte, y por lo tanto yo no puedo escuchar lo que me digas ahora”. No es que el padre no ame a su hijo, sino que debido a ese amor debe manifestar su descontento al negarse a la petición de aquel que se muestra rebelde.

Dios actúa con nosotros como nosotros deberíamos obrar con nuestros hijos díscolos, y si ve que nos encaminamos al pecado y a la transgresión, parte de su disciplina consiste en decir: “Cuando

clames a mí no escucharé tu oración; no te oiré cuando me busques; no te destruiré, pero no gozarás de más riquezas de mi reino ni tendrás una prevalencia especial conmigo en tus oraciones”. En Salmos 81:13-16 vemos claramente que el Señor actúa de esta manera con su propio pueblo:

¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo,
Si en mis caminos hubiera andado Israel!
En un momento habría yo derribado a sus enemigos,
Y vuelto mi mano contra sus adversarios.
Los que aborrecen a Jehová se le habrían sometido,
Y el tiempo de ellos sería para siempre.
Les sustentaría Dios con lo mejor del trigo,
Y con miel de la peña les saciaría.

Claro, si el hijo de Dios desobediente recibiera en sus manos la promesa de Mateo 21:22 (“y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis”), pediría algo que le permitiera prolongar su actitud de rebeldía. Esto no se puede tolerar jamás. ¿Consentirá Dios nuestras corrupciones? ¿Buscará combustible para las llamas de la pasión carnal? El corazón obstinado anhela una mayor libertad para volverse más obstinado; el espíritu orgulloso anhela elevarse todavía más para ser aún más altivo; el espíritu perezoso busca mayores comodidades para poder volverse más indolente; y el espíritu dominante exige más poder, a fin de tener más oportunidades para oprimir a otros.

[Dios] nos dará lo que le pedimos si guardamos sus mandamientos, pero si nos volvemos desobedientes también rechazará las oraciones.

¿Escuchará Dios oraciones como estas? De ninguna manera. Nos dará lo que le pedimos si guardamos sus mandamientos, pero si nos volvemos desobedientes también rechazará las oraciones. Seremos bienaventurados si, por medio de la gracia divina, podemos decir junto a David: “Lavaré en inocencia mis manos, y así andaré alrededor de tu altar, oh Jehová” (Sal. 26:6).

Reverentes como niños

Junto a esta cualidad existe otra que es esencial para la oración victoriosa: la reverencia como niños. Fíjense en la siguiente frase: recibimos las cosas que pedimos “porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él”.

No permitimos que los niños cuestionen la idoneidad o la sabiduría de las órdenes paternas; la obediencia acaba donde empieza el cuestionamiento. El estándar del deber que tiene un niño no debe convertirse en el baremo del derecho que tiene su padre para mandarle algo. El motivo más importante para la acción de un niño que ama a sus padres es complacerlos, y lo más contundente que puede decirse para reprimir la acción de un niño cortés es que semejante curso de acción disgustaría a sus padres. Eso es precisamente lo que nos pasa en relación con Dios, quien es un Padre perfecto, y por consiguiente podemos, sin temor a equivocarnos, hacer que su complacencia sea nuestra norma para hacer lo que está bien, mientras que aquellas cosas que no le agradan sean lo que, por norma, no hagamos nunca.

Imaginemos que alguno de nosotros quiera imponer su voluntad y decir: “No voy a hacer lo que le agrada a Dios; pienso hacer lo que me apetezca”. ¿Cuál sería, pues, la naturaleza de nuestras oraciones? Esas oraciones podrían resumirse en esta petición: “Deja que haga lo que yo quiera”. ¿Y podemos esperar que Dios consienta

eso? ¿Pretendes que el Todopoderoso se baje de su trono y permita que un mortal lo ocupe? Si en tu hogar tienes a un niño que no muestra respeto por sus padres, sino que dice: “Quiero salirme con la mía en todas las cosas”, ¿te doblegarás ante él? ¿Le permitirás que te dicte lo que debes hacer? La casa de Dios no está dispuesta así: no escuchará a sus hijos rebeldes, excepto movido por la ira y para responderles de la misma manera.

Recuerda cómo escuchó Dios la oración de Israel cuando pidieron carne, y cuando esta estuvo en sus bocas se convirtió en maldición para ellos (ver Nm. 11). Muchas personas se ven disciplinadas precisamente por la obtención de sus deseos. Debemos sentir una reverencia hacia Dios como la de los niños, de modo que sintamos: “Señor, si lo que te pido no te agrada, tampoco me agrada a mí. Pongo mis deseos en tus manos para que los corrijas. Tacha cualquier petición que te presente y no sea correcta, y añade cualquiera que pueda haber omitido. Buen Señor, si debería haberlo deseado, escúchame como si lo hubiera deseado. ‘No se haga mi voluntad, sino la tuya’”.

Este espíritu sumiso es esencial para la prevalencia constante con Dios en oración; la actitud contraria es un obstáculo seguro para la eminencia de la súplica. El Señor será reverenciado por aquellos que estén cerca de Él. Ellos no deben perder de vista el agrado de Dios en todo lo que hacen y en todo lo que piden, porque si no, Él no les mirará con favor.

Confiados como niños

En tercer lugar, el pasaje sugiere la necesidad de una confianza infantil: “Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 3:23). A lo largo de las Escrituras, se habla de la fe en Dios como algo necesario para una oración de

éxito. Debemos creer que Dios es aquel que recompensa a quienes lo buscan con diligencia. El éxito de nuestra oración será proporcional a nuestra fe. Esta es una norma fija del reino: “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mt. 9:29).

El éxito de
nuestra oración
será proporcional a
nuestra fe.

Recuerda cómo habla el Espíritu Santo por medio de Santiago: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Stg. 1:5-7). El pasaje habla de la fe en el nombre de Jesucristo, lo cual significa fe en su carácter declarado, en su evangelio, en la verdad relativa a su sustitución y su salvación. O puede significar fe en la autoridad de Cristo, de modo que cuando digo: “Hazlo en el nombre de Jesús”, lo que quiero decir es: “Haz por mí lo que habrías hecho por Jesús”.

Aquel que ora con fe en el Nombre no puede fracasar, porque Jesús ha dicho: “Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:14). Pero debe haber fe, y si no hay fe no podemos esperar que se nos escuche. ¿Entienden esto?

Volvamos a nuestra similitud con la familia. Supongamos que un hijo no cree en la palabra de su padre y no deja de decir que duda de su veracidad. Supongamos que ese hijo no se inmuta por tener que decir una cosa así, sino que más bien siente que es digno de compasión, como si fuera una debilidad que no pudiera evitar. No cree que su padre le dice la verdad, y declara que, aunque intenta creer la promesa de su padre, no puede hacerlo. Creo que un padre

de quien se desconfiara tan burdamente no se apresuraría mucho en satisfacer las peticiones de su hijo; de hecho, es muy probable que las peticiones del hijo desconfiado fueran tales que no pudieran concedérsele aunque su padre estuviera dispuesto a hacerlo, dado que gratificarían su propia incredulidad y deshonorarían al padre.

Por ejemplo, imaginemos que este hijo dudara de que su padre le va a proporcionar cada día el alimento necesario. Entonces podría decir: “Padre, dame suficiente dinero para que me dure los próximos diez años, porque entonces ya seré un hombre y podré ganarme la vida solo. Dame dinero para apaciguar mis temores, porque soy presa de la ansiedad”. El padre contestaría: “Hijo, ¿por qué iba a hacer eso?”. Y como respuesta obtiene: “Siento mucho decirlo, amado padre, pero no puedo fiarme de ti; tengo una fe tan débil en ti y en tu amor que temo que uno de estos días dejarás que me muera de hambre, y por lo tanto me gustaría contar con algo seguro en el banco”. ¿Quién de ustedes, padres, escucharía la petición de ese hijo? Se sentirían tristes al ver que unos pensamientos tan deshonorosos pasaban por la mente de su hijo, y no cederían ante ellos ni podrían hacerlo.

Aplíquense la parábola. ¿Hacen peticiones de esta misma naturaleza? No han sido capaces de confiar en Dios para que les proporcione el pan de cada día, y por consiguiente anhelaron lo que llaman “cierta provisión para el futuro”. Quieren un proveedor más confiable que la providencia, una seguridad mayor que la promesa de Dios. ¡Son incapaces de confiar en la palabra de su Padre celestial! Insultamos al Señor de mil maneras al imaginar que “las cosas que se ven” son más sustanciales que su omnipotencia invisible.

Pedimos a Dios que nos dé de inmediato lo que no necesitamos en el presente, y es posible que nunca necesitemos, porque desconfiamos de Él. Hermanos, ¿no son reprobables al hacer esto, y

esperan que el Señor contribuya a su necesidad y la incite? ¿Deberá ceder Dios a su desconfianza? ¿Les concederá un buen montón de oro y de plata corruptibles que los ladrones puedan robar, y arcas llenas de prendas de vestir que alimenten a las polillas? ¿Querrían que el Señor actuara como si corroborara la idoneidad de las sospechas de ustedes y tuviera que confesar que no es fiel? ¡Dios no lo quiera! Por lo tanto, no esperen ser escuchados cuando la oración nazca de un corazón incrédulo: “Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará” (Sal. 37:5).

Amorosos como niños

El siguiente elemento esencial para una oración de éxito es el amor propio de los niños: “Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado”. Después de la fe, el gran mandamiento es el amor. Y se dice que “Dios es amor”, de modo que podemos decir que “el cristianismo es amor”. Si cada uno fuéramos una encarnación del amor, habríamos alcanzado la semejanza perfecta de Cristo.

Deberíamos abundar en el amor hacia Dios, Cristo, la Iglesia, los pecadores y los seres humanos en este mundo. Cuando un

Quando un hombre
no ama a Dios, es
como un niño que
no ama a su padre.

hombre no ama a Dios, es como un niño que no ama a su padre. ¿Prometerá ese padre cumplir absolutamente todos los deseos de su corazón carente de amor? O si un niño no ama a sus hermanos y hermanas, ¿le confiará el padre una promesa absoluta diciéndole “Pide y te será dado”? ¡No, porque el

hijo falto de amor empobrecería a toda la familia con sus exigencias egoístas! Sin tener en cuenta a los demás en el hogar, solo le preo-

cuparía satisfacer sus propias pasiones. Pronto buscaría el reino solo para él.

El egocentrismo no merece recibir poder cuando ora. A los espíritus sin amor no se les puede confiar promesas grandes, anchas, ilimitadas. Si queremos que Dios nos oiga, debemos amarle a Él y los unos a los otros. Porque cuando amemos a Dios, no pediremos nada que no le honre ni desearemos que suceda nada que no bendiga también a nuestros hermanos. Tienen que librarse del egoísmo antes de que Dios les pueda confiar las llaves del cielo, pero cuando el “yo” muera, Él permitirá que disfruten de sus tesoros.

También debemos actuar como los niños: “Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Jn. 3:24). Es propio de los niños amar su hogar. El buen hijo, cuyas peticiones su padre siempre escucha, no ama ningún lugar tanto como la casa donde viven sus padres. Así, el que ama y guarda los mandamientos de Dios habita en Él, ha hecho del Señor su casa. Se ha hecho como Dios, y ahora hace oraciones que Dios puede responder.

Para gozar del poder de Dios es necesario vivir en Él. Supongan que uno de ustedes tiene un hijo que le dice: “Padre, no me gusta mi casa, no me importas y no pienso soportar las limitaciones del gobierno familiar; me voy a ir a vivir con desconocidos, pero vendré cada semana y te pediré muchas cosas, y espero que me concedas todo lo que te pida”. Le dirá: “Hijo mío, ¿cómo puedes hablarme de esta manera? Si no me tienes en ninguna consideración, ¿puedes esperar que te ayude cuando demuestras una falta tan cruel de amor y una insubordinación malvada? No, hijo, si no permaneces a mi lado y me reconoces como tu padre, no puedo prometerte nada”. Y lo mismo sucede con Dios.

Si permanecemos en Él, Dios nos dará todas las cosas. Si le amamos como debe ser amado y confiamos en Él como es digno

LA PRIORIDAD DE LA ORACIÓN

de confianza, entonces escuchará nuestras peticiones. Pero si no, es irrazonable esperar que lo haga. Ciertamente, sería indigno del carácter divino cumplir deseos impuros y satisfacer caprichos perwersos. Puede que te conceda el pan y el agua de la aficción, pero sin duda no te concederá lo que desea tu corazón.

Una cosa más: debemos tener un espíritu como el de un niño, porque “en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Jn. 3:24). ¿Quién es este sino el Espíritu de adopción, el Espíritu que gobierna a todos los hijos de Dios? Los rebeldes que piensan, sienten y actúan de manera distinta a como lo hace Dios no deben esperar que Él se adecue a su forma de pensar, sentir y actuar. El Espíritu Santo, si gobierna en nosotros, supeditará nuestra naturaleza a su propia influencia, y entonces las oraciones que broten de nuestros corazones renovados estarán en consonancia con la voluntad de Dios, y como es natural Él les prestará oídos.

A ningún padre se le ocurriría hacer caso a un hijo rebelde. ¿Nos concederá Dios lo que le pedimos cuando es contrario a su santa mente? Semejante posibilidad es inconcebible. En nosotros tiene que haber la misma mente que hubo en Cristo Jesús, y entonces podremos decir: “Yo sé que siempre me escuchas”.

LA FRECUENCIA DE ESTOS FACTORES ESENCIALES

Si tenemos fe en Dios no podemos dudar nunca de que escucha nuestra oración. Si reclamamos con fe el nombre y la sangre de Jesús, debemos obtener respuestas de paz. Pero aquí surgen incontables reparos. Si esas oraciones tienen que ver con las leyes de la naturaleza, los científicos se pondrán en contra de nosotros. ¿Y

qué? No conozco ninguna oración digna de ser formulada que no entre en contacto con una u otra ley natural, y sin embargo creo que Dios escucha las oraciones.

Algunos dicen que Dios no alterará las leyes naturales por nosotros, y yo contesto: “¿Y quién ha dicho que lo hará?”. El Señor tiene maneras de responder a nuestras oraciones sin tener que recurrir a un milagro o a suspender las leyes de la naturaleza. Solía escuchar las oraciones por milagros, pero como ya les he dicho a menudo, esta parece una manera más complicada de alcanzar su propósito; es como detener una enorme maquinaria para obtener un resultado ínfimo, pero Dios sabe cómo alcanzar sus fines y escuchar nuestras oraciones, usando medios secretos que yo desconozco. Quizá existan otras fuerzas y leyes que Él ha dispuesto y que pone en marcha justo en los momentos en que la oración también actúa; leyes tan fijas, y fuerzas tan naturales, como las que han descubierto nuestros eruditos teóricos. Ni los hombres más sabios conocen todas las leyes que gobiernan el universo; no, ni una décima parte de ellas.

Creemos que las oraciones de los cristianos forman parte de la maquinaria de la providencia, engranajes en la gran rueda del destino, y cuando Dios induce a sus hijos a orar, ya ha puesto en movimiento una rueda que producirá el resultado por el que se ora, y las oraciones ofrecidas se mueven como parte de la rueda. Si no hay otra cosa que la fe en Dios, Él tiene que, o bien dejar de ser o dejar de ser veraz, o bien responder a las oraciones.

El Señor tiene maneras de responder a nuestras oraciones sin tener que recurrir a un milagro o a suspender las leyes de la naturaleza.

La confianza en Dios

El versículo anterior a nuestro texto dice: “Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera

Si tienes confianza
en Dios llevarás
ante Él tus cosas
grandes y tus cosas
pequeñas, y Él
nunca traicionará tu
confianza.

cosa que pidiéremos la recibiremos de él” (1 Jn. 3:21-22). Aquel que tiene la conciencia limpia se acerca a Dios con confianza, y esa confianza de la fe garantiza la respuesta a su oración. La confianza semejante a la de un niño nos hace orar como nadie más puede hacerlo. A menudo he sentido que hace falta más confianza en Dios para orar pidiéndole algo pequeño que alguna cosa grande. Imaginamos que

nuestras grandes cosas son, de alguna manera, más dignas de la consideración de Dios, y luego pensamos que nuestras pequeñas cosas son tan insignificantes que sería casi un insulto ponerlas delante de su presencia. Pero deberíamos saber que lo que es muy grande para un niño puede ser muy pequeño para su padre, y aun así el padre mide aquello desde el punto de vista del pequeño. Nuestro Padre Dios es un buen Padre; se compadece de nosotros como los padres se compadecen de sus hijos, y nos muestra condescendencia. Cuenta el número de las estrellas y las llama por sus nombres, pero también sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas. Si tienes confianza en Dios llevarás ante Él tus cosas grandes y tus cosas pequeñas, y Él nunca traicionará tu confianza. La fe debe tener éxito.

El amor triunfante

A continuación, el amor también debe vencer, porque ya hemos

visto que el hombre que ama en el sentido cristiano es conforme a Dios. Si limitas tu amor a tu propia familia, no debes esperar que Dios lo haga, y no tendrá en consideración las oraciones confinadas a ese círculo. Si un hombre ama solo a sí mismo y espera que se malogre la cosecha de trigo de todos los demás, sin duda no puede esperar que el Señor esté de acuerdo con ese egoísmo. Si un hombre tiene suficiente corazón como para incluir en sus afectos a todas las criaturas de Dios, mientras ruega especialmente por la familia de la fe, sus oraciones serán conformes con la mente divina. Su amor y la bondad de Dios van de la mano. Aunque el amor de Dios es como un río caudaloso y arrollador, y a veces como un arroyuelo, ambos fluyen en la misma dirección y llegarán al mismo destino. Dios siempre escucha las oraciones de una persona que ama, porque esas oraciones son sombras de sus propios decretos.

De nuevo, Dios escuchará al hombre obediente porque esa obediencia le induce a orar con humildad y sumisión, pues su máximo deseo es que se haga la voluntad del Señor. Por lo tanto, sus oraciones son profecías. ¿Acaso no es él uno con Dios? ¿No desea y pide exactamente lo que Dios quiere? ¿Cómo podría fallar el blanco una flecha que parta de semejante arco?

La dificultad estriba en que no estamos en sintonía con Dios; si lo fuéramos, produciríamos la misma nota que Dios hace sonar, y la nota emitida por la oración en la tierra coincidiría con la que suena partiendo de los decretos del cielo. Una vez más, el hombre que vive en comunión con Dios comenzará a orar indudablemente, porque si habita en Dios, y Dios en él, deseará lo mismo que Dios desea.

Y aquí de nuevo, permítanme decirlo, nuestro pasaje habla del cristiano como alguien lleno del Espíritu de Dios: “Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Jn. 3:24). ¿Quién conoce la mente de una persona sino

el espíritu que hay en ella? Entonces, ¿quién conoce las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios? Y si el Espíritu de Dios habita en nosotros, entonces nos dice qué hay en la mente de Dios; intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios.

A veces la gente imagina que las personas que prevalecen en la oración pueden pedir lo que quieran, pero les puedo asegurar que cualquiera de ellas les dirá que no es así. Pueden acudir a un hombre así y pedirle que ore por ustedes, pero no podrá prometerles que lo hará. Hay curiosas ataduras que limitan a esos hombres, cuando sienten, no saben cómo o por qué, que en determinados casos no pueden hacer oraciones fervientes y eficaces, aunque desearían hacerlo. Dios proporciona una discreción, un juicio y una sabiduría, y el Espíritu intercede por los santos conforme a la voluntad divina.

Dios proporciona una discreción, un juicio y una sabiduría, y el Espíritu intercede por los santos conforme a la voluntad divina.

APLICACIONES PRÁCTICAS

Creo que he expuesto con bastante claridad la enseñanza. Dediquemos ahora unos minutos a la mejora práctica, como solían decir antaño los puritanos. Solo deseo que pueda inducir a mejorar a muchos de nosotros.

Lo primero es que debemos orar para obtener una mayor bendición como iglesia. Creo que todos estarían de acuerdo conmigo si dijera que pretendemos pedir a Dios que envíe una bendición sobre la Iglesia universal. Muy bien. ¿Tenemos los ingredientes esenciales para el éxito? ¿Creemos en el nombre de Jesucristo? ¿Estamos llenos de amor por Dios y unos por otros?

El doble mandamiento ordena que creamos en el nombre de Jesucristo y nos amemos unos a otros. ¿Nos amamos unos a otros?

¿Caminamos en amor? Ninguno de nosotros es perfecto en este sentido. Empezaré confesando que no soy como debería ser en este ámbito. ¿Dejarán que la confesión circule entre todos? Que cada uno piense con cuánta frecuencia ha hecho cosas no motivadas por el amor, ha tenido pensamientos nocivos y dicho cosas duras, escuchado cotilleos agresivos y sin extender una mano de amor para prestar ayuda, sino empujar a alguien que ya estaba cayendo. Si en la Iglesia de Dios hay falta de amor, no podemos esperar que Él escuche nuestras oraciones. ¿Esperan que Dios salve a pecadores a los que ustedes no aman y convierta a almas por las que no sienten ningún interés? Debemos amar las almas para Cristo, porque, bajo el Espíritu Santo de Dios, el gran instrumento para la conquista del mundo es el amor, y si los cristianos aman más de lo que lo hacen musulmanes y judíos, prevalecerán sobre musulmanes y judíos, y si aman menos, serán estos los que prevalezcan sobre ellos.

Si en la Iglesia de Dios hay falta de amor, no podemos esperar que Él escuche nuestras oraciones.

A continuación, ¿estamos haciendo lo que es agradable ante los ojos de Dios? Si no es así no podemos esperar respuesta a nuestras oraciones. Háganse todos esta misma pregunta. Que cada miembro de la iglesia la responda. ¿Han estado haciendo últimamente lo que les gustaría que Jesucristo viera? Enmienden sus caminos. Cuando los miembros de la iglesia de Dios no hagan lo que es agradable a sus ojos, cierran la puerta a la prosperidad; impiden que las oraciones de la iglesia tengan éxito.

La siguiente pregunta es: ¿habitamos en Dios? Es decir, durante el día, ¿pensamos en Dios? Un cristiano no tiene que acudir corriendo

LA PRIORIDAD DE LA ORACIÓN

a Dios por la mañana, y luego otra vez por la noche, usándole como un refugio provisional, como hace la gente con un arco o un pórtico, bajo los cuales se guarecen cuando cae la lluvia, sino que debemos habitar en Dios y vivir en Él desde que sale el sol hasta que se pone, convirtiéndole en nuestra meditación cotidiana y caminando bajo su mirada.

Por último, ¿actúa el Espíritu de Dios en nosotros, o es otro espíritu? ¿Esperamos en Dios diciendo “Señor, que tu Espíritu me indique qué decir en este caso, y qué hacer; gobierna mi juicio, somete mis pasiones, aplaca mis bajos instintos, y permite que tu Espíritu me guíe”? Pidamos a Dios que haga que el trigo sea más fuerte. En una iglesia siempre pasa una de dos cosas; o bien el trigo aplasta a las malas hierbas, o bien estas ahogan al trigo. Que Dios permita que en nuestro caso el trigo someta a la cizaña. Que Dios conceda a sus siervos gracia para ser lo bastante fuertes como para vencer el mal que les rodea y, habiendo hecho todo esto, se unan en la alabanza de la gloria de su gracia, que nos ha hecho aceptos en el Amado. Que el Señor les bendiga y esté con ustedes para siempre. Amén y amén.



EDITORIAL
PORTAVOZ

NUESTRA VISIÓN

Maximizar el efecto de recursos cristianos de calidad que transforman vidas.

NUESTRA MISIÓN

Desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

NUESTROS VALORES

Nuestros valores se encuentran fundamentados en la Biblia, fuente de toda verdad para hoy y para siempre. Nosotros ponemos en práctica estas verdades bíblicas como fundamento para las decisiones, normas y productos de nuestra compañía.

Valoramos la excelencia y la calidad
Valoramos la integridad y la confianza
Valoramos el mérito y la dignidad de los individuos
y las relaciones
Valoramos el servicio
Valoramos la administración de los recursos

Para más información acerca de nuestra editorial y los productos que publicamos visite nuestra página en la red:
www.portavoz.com